

BALADA VASCA

Al elocuente Diputado vasco Sr. Aranzadi.

El viento mueve las hojas,
 Las hojas de primavera,
 En los frondosos vergeles
 Vergeles de Euzkadi bella.
 No es el Aquilón furioso
 Que silbando en la tormenta
 Pasa airado por las cimas
 De las montañas eternas,
 De las montañas augustas
 De la hidalga y noble tierra,
 Sino el brisar armonioso
 Del céfiro que nos llega.
 Recitando una balada
 De rima y música nuevas
 Que suena como eco patrio
 De vindicación austera.
 Eco que llega hasta el valle
 Vecino de la alta sierra
 Por encañadas abruptas
 Que oyeron pregón de guerra
 Cuando las huestes de Augusto
 Viniendo de tierras luengas
 Quisieron labrar un yugo
 Y al imperio uncir entera
 La patria que su albedrío
 En más estima tuviera,
 Eco que pasa del valle
 Y en la gran urbe penetra
 Rimando, alegre, su canto,

Su canto bello y poeta
 Que pide bien para el pueblo
 Y para el derecho fuerza.
 Ya los linderos del Ebro
 Atravesando se eleva
 Hasta las regias alturas
 Do la justicia se encierra;
 Suave, persuasivo eco
 Que allana las asperezas
 De los prejuicios absurdos
 De las malvadas vilezas,
 Que en entredicho pusieron
 La causa más pura y recta.
 A su voz, los corazones,
 Conmovidos se revelan
 Y olvidándose contritos
 De enemistades internas,
 Justicia, justicia, claman,
 Justicia cumplida, plena,
 Para el que altos ejemplos
 Al orbe entero expusiera.
 Eco vibrante de gloria,
 De redención y nobleza
 Vuela, vuela cadencioso
 por los vergeles de Euskeria,
 Y cuando llegue al Ernio
 Más bello tu tono sea
 De los rivales de Augusto
 Cantando la gloria eterna.

JOSÉ ELIZONDO